

COLECCION LITERARIA

Poetas Brasileños Contemporáneos

LA historia de un pueblo no se registra simplemente en la enunciaci3n de sus hechos guerreros, de sus luchas pol3ticas o religiosas, de sus conquistas y de sus reveses. Existe algo m3s positivo y convincente, libro abierto al tiempo, que marca un timbre particular y le afirma en su justo lugar en la naturaleza; es una fuerza 3ntima superior que, en un impulso irresistible, la determina y define sus caracteres; una llama palpitante que la ilumina, le imprime car3cter de permanencia sobre la tierra: el alma de la raza.

Amaruras y alegr3as, privaciones y glorias, victorias y derrotas, son factores de circunstancias comunes a todos los pueblos, en su muda evoluci3n a trav3s de las edades. Pero el hombre de hoy busca algo en que depositar la presencia de su paso por la tierra, pues que las luchas trastornan el car3cter, le hacen adusto, severo, desp3tico y significan fen3menos pasajeros frente a la influencia que tras s3 va dejando el hormigueo humano a trav3s de la lengua sobre la cual nadie m3s que el poeta ejerce paternidad.

Es cierto que una apariencia org3nica de progreso fascina a los hombres y les hace creer en las excelencias de determinadas circunstancias, y de ah3 que todos los medios cient3ficos o literarios, art3sticos o religiosos, formen coro en determinada 3poca y momento. Es que el hombre, producto creado en el curso de luchas azarosas, no olvida su condici3n humilde, y su humildad humana le torna en esencia en continuador de la corriente, con facilidad. Se afianza a la tierra y en ella se introduce con profundas ra3ces y trata de arrancarle los medios que necesita en el af3n de perpetuar-

se. Haciendo de la tierra cuna y sepulcro, la engalana con sus mejores ropajes y le hace partícipe de sus más caras emociones: herencia mesológica de la que no podrá sustraerse jamás. La tierra es el asiento de su vida, donde el hombre afirma también el trono de su moral y de sus leyes, pues que sabe que debe convivir con semejantes y sus cosas. De ahí que las contingencias eternas le arrastran y los conceptos le dirigen.

Si en realidad una creciente agitación absorbe la inteligencia humana, varias son sus expresiones, no obstante. Pero el alma de una raza supone ya la formación de un pensamiento general, perteneciente también a todos los demás. Cuando se llega a este grado de civilización nos encontramos propiamente con una cultura formada y la poesía viene a ser, pues, el gran monumento de la historia que la anima a perfección, celebrando en la obra de patriomonio moral causas muy particulares a cada literatura.

La literatura es historia de la propia historia de cada conglomerado humano, de cada colectividad. La literatura nos anuncia las grandes revoluciones políticas o religiosas. Profeta del tiempo, llena al mundo con sus enseñanzas y forma la nueva moral . . . El verso es el primer hijo del ingenio. A través de él, balbuce el alma de los pueblos. Las primeras manifestaciones aparecen con la primera inquietud de libertad artísticamente expresadas. He ahí la manifestación de un pensamiento inconfundible con el sentimiento: arte y libertad.

Las primicias del amor y la niñez, lo maravilloso de las leyendas; el encanto inédito del suelo natal, predisponen a la poesía, al arrobamiento, a la emoción.

La inspiración poética tiene la semejanza de un soplo creador que penetra y condensa la sustancia amorfa del lenguaje inculto. Los primeros documentos desde las fábulas, a través de las canciones, romances y trovas, entrañan simultáneamente el primer documento de la evolución artística. Y la poesía es la actividad de esa emoción que se traduce en arte.

Tal vez a la poesía brasileña no pueda aplicársele de hecho este orden de consideraciones. Las primeras expresiones artísticas en el Brasil aparecen en el siglo XIX y toman como formación el descubrimiento de América, para atravesar luego por todas las escuelas comunes a los pueblos europeos que sirven de tema a los períodos fundamentales de discusión entre el clasicismo y absolu-

tismo literarios, o sea el proceso colonial y el paso a la vida política independiente.

Y aquí ya se perfila un marcado acento de formación racial en el alma brasileña. El pueblo ingenuo cree apresuradamente, no medita, no precisa, indaga ni resuelve; sueña con la felicidad inmediata o futura y pone ante cada interrogación, como consuelo a falta de respuesta, la sonrisa inmediata de la trova o la lejanía de la canción doliente. Las ideas abstractas repugnan a la filosofía popular; los problemas áridos, las construcciones metafísicas, todo se reduce a mera imaginación. Fantasear o imaginar para los pueblos es más que una necesidad, es casi un hábito. Todos los países colonizados, partícipes de los beneficios de una civilización transplantada, cuando las circunstancias les favorecen, estallan en lirismo, medio necesario para expresar una emoción. Al llegar aquí ya se encontró un rumbo, un instrumento dúctil a todas las modulaciones de la imaginación y del sentimiento estéticos.

El portugués vernáculo, con sus siglos de antigüedad y una cultura literaria riquísima, había hecho derroche de colorido y candencia en los ritmos de los viejos cancioneros. Como sector predominante por su cultura en la conquista, ha impreso su sello de paternidad en la formación espiritual de aquel pueblo. Y con la riqueza lírica y la frescura europeas que volcó chorreando sobre un suelo virgen, dejó también la saudade, la melancolía portuguesa que prohió y fué acentuándose con el curso del tiempo. Esta condición hizo al brasileño el poeta de la melancolía, por la tristeza de las tres razas que intervinieron en la formación de su carácter: el portugués nostálgico, con el tono lánguido de sus fados; el africano, cuya expresión es un grito de dolor y rebeldía frente al destino aciago a que fué conducido, y el indio, que sufre y lleva en el alma dolorida la queja de los ríos y el murmullo de las selvas misteriosas. Esta particularidad ya fué observada por Anchieta, pero ha podido moderarse un tanto con el contacto de otras culturas y por la disciplina y pulcritud de la poesía portuguesa, que alcanzó en la edad clásica su gloria epopéyica, a través de otros mundos en que esparce su humanismo.

Los primitivos poetas brasileños expresan esta modalidad en las más variadas formas, desde la endecha de amor hasta los cambios de fortuna: motivos tan bellos como la misma vida humana. Pueblo de poetas, cuya grandeza admira, desempeñaron un impor-

tantísimo papel en su formación las misiones jesuítas, al extremo de suponer un producto de bondad pertinaz y continuos sacrificios que, si bien independizado hoy de elementos artísticos ajenos, tiene una gran obra de reconocimiento.

País que emerge a la vida, pletórico de energías, el arte moderno del Brasil se caracteriza por el horror a lo accesorio, a lo indeterminado, al trivialismo de las producciones fáciles. Y es que toda creación estética de hoy está sometida a una ley de lirismo cerebral. Cabe esperar que el idealismo del siglo XX libere al artista del realismo convencional que momentos culturales anteriores le han impuesto, poniéndolo en contacto con nuestra realidad presente, según el pensamiento de Ronald de Carvalho.

El hombre de hoy que pretende renovar la convivencia hasta de las sociedades humanas, y todo induce a creer que logrará su objeto, ya que no hay fuerza capaz de impedirselo; que aspira a crear nuevos conceptos de libertad y nuevos procedimientos para asegurarla, pretende crear también una nueva literatura, eliminando los preconceptos. Para ello, tiene delante de sí todo un mundo virgen por descubrir, lleno de promesas incitantes, expuestas a la conquista.

Ir a la búsqueda de ese material, organizarlo y reducirlo a su verdadera expresión humana, debe ser preocupación fundamental del hombre de hoy. Un arte directo, puro, profundamente enraizado en la estructura del nuevo mundo. Un arte que fije todo el tumulto de pueblos en gestación, con sus tremendas sacudidas y con sus tiernos afanes, en la esperanza de resarcirse de su pasado, he ahí lo que compete al hombre del presente.

Estas composiciones traducidas exprofeso para conocimiento del lector de habla castellana, porque interpretan este pensamiento, suponen la gama de poetas de la hora actual brasileña, en todas sus modalidades, que se acercan a ese futuro. Difícil resultaría opinar respecto de su valor individual intrínseco en relación de unas con otras. A nuestro juicio cada una de ellas tiene una emoción particular, de méritos propios, y todas merecen ocupar un puesto de honor al lado de las mejores de la lengua cervantina.

CAMPIO CARPIO,
Buenos Aires.